

Recibi el recado y con él doce pañizuelos, y respondí á su madre que los enviaba á alguno de aquel nombre; pideme ahora la mitad, y antes me haré pedazos que tal dé; todos los han de romper mis narices.

Juzgóse la causa en su favor, y sólo se le contradijo el sonar en ellos, mandándole que los entregase á la vieja para honrar la comunidad, haciendo de ellos unos remates de mangas que se viesen y representasen camisas, que el sonarse está vedado.

Llegó la noche, y acostámonos tan juntos, que parecíamos herramienta en un estuche. Pasóse la cena de claro en claro; no se desnudaron los más, que con acostarse como andaban de día, cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

## CAPITULO XV

*En que se prosigue la materia comenzada y otros raros sucesos*

MANECIÓ el Señor y pusimonos todos en arma. Ya estaba yo tan hallado con ellos, como si todos fuéramos hermanos (que esta facilidad y aparente dulzura se halla siempre en las cosas malas). Era de ver á uno ponerse la camisa, de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oración á cada uno, como sacerdote que se viste; á cuál se le perdía una pierna en los callejones de las calzas, y la venía á hallar, adonde menos convenía, asomada; otro pedía guía para ponerse el jubón, y en media hora no se podía averiguar con él. Acabado esto, que no fué poco de ver, todos empuñaron abuja y hilo, para hacer un punteado en un rasgado y otro; cuál, para curcuisirse debajo del brazo, estirándole, se hacía L. Uno, hincado de rodillas, que remedaba un cinco de guarismo, socorria á los cañones; otro, por plegar las entropiernas, metiendo la cabeza entre ellas, se hacía un óvillo. No pintó tan extrañas posturas Bosco, como yo ví, porque ellos cosían y la vieja les daba los materiales, trapos y arrapiezos de diferentes colores, los cuales había traído el sábado. Acabóse la hora del remiendo (que así la llamaban ellos), y fuéronse

mirando unos á otros lo que quedaba mal parado. Determinaron irse fuera, y yo dije que quería trazasen mi vestido, porque quería gastar los cien reales en uno y quitarme la sotana:

—Eso no—dijeron ellos—el dinero se dé al depósito, y vistámosle de lo reservado luégo, y señalémosle su diócesi en el pueblo, adonde él solo busque y apolille.

Parecióme bien, deposité el dinero, y, en un instante, de la sotana me hicieron ropilla de luto de paño, y acortando el ferreruelo, quedó bueno; y lo que sobró de él trocaron á un sombrero reteñido; pusieronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos; el cuello y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas con cuchilladas no mas de por delante, que lados y traseras eran unas camuzas; las medias calzas de seda aún no eran medias, porque no llegaban más de cuatro dedos más abajo de la rodilla, y estos cuatro dedos cubría una bota justa sobre la media colorada que yo traía. El cuello estaba todo abierto de puro roto; pusieronmele, y dijeron:

—El cuello está trabajoso por detrás y por los lados. Vuesa merced, si le mirare uno, ha de ir volviéndose con él como la flor del sol; si fueren dos, y miraren por los lados, saque piés; y para los de atrás, traiga siempre el sombrero caído sobre el cogote, de suerte que la falda cubra el cuello, y descubra toda la frente, y al que preguntare que por qué anda así, respóndale que porque puede andar la cara descubierta por todo el mundo.

Diéronme una caja con hilo negro y blanco, seda, cordel, abuja, dedal, paño, lienzo, raso, y otros retacillos, y un cuchillo; pusieronme una espuela en la pretina, y yesca y eslabón en una bolsa de cuero, diciendo:

—Con esta caja puede ir por todo el mundo, sin haber menester amigos, ni deudos; en esta se encierra todo nuestro remedio; tome y guárdela.

Señaláronme por cuartel, para buscar mi vida, el de San Luís, y así empecé mi jornada, saliendo de casa con los

otros; si bien por ser nuevo me dieron (para empezar la estafa), como á misa-cantano, por padrino el mismo que me trajo y convirtió. Salimos de casa con paso tardo y los rosarios en la mano; tomamos el camino para mi barrio señalado; á todos hacíamos cortesía; á los hombres quitábamos el sombrero, deseando hacer lo mismo á sus capas; á las mujeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas, y las paternidades mucho más. Á uno decía mi buen ayo: Mañana me traen dineros; á otro: Aguárdeme vuesa merced un día, que me trae en palabras el Banco. Cuál le pedía la capa, cuál le daba priesa por la pretina; en lo cual conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenía cosa suya. Andábamos haciendo culebra, de una acera á otra, por no topar con casas de deudores. Ya le pedía uno el alquiler de la casa, otro el de la espada, y otro el de las sábanas y camisas, de manera que eché de ver que era caballero de alquiler, como mula. Sucedió, pues, que vió desde lejos un hombre que le sacaba los ojos (según dijo) por una deuda, mas no podía el dinero; y porque no le conociese, soltó detrás de las orejas el cabello, que traía recogido, y quedó Nazareno, entre Verónico y caballero lanudo; plantóse un parche en un ojo, y púsose á hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer mientras el otro venía (que no le había visto), por estar ocupado en chismes con una vieja. Digo de verdad, que ví al hombre dar vueltas alrededor, como perro que se quería echar, hacíase más cruces que un ensalmador, y diciendo: ¡Jesús! pensé que era él. Á quien bueyes ha perdido, etc.

Yo me moría de risa, de ver la figura de mi amigo; entróse en un soportal á recoger la melena y el parche, y dijo:

—Estos son los aderezos de negar deudas; aprended, hermano, que veréis mil cosas de estas en el pueblo.

Pasamos adelante, y en una esquina, por ser de mañana, tomamos dos tajadas de letuario y aguardiente de una picarona, lo que nos dió de gracia. Después de dar el bienvenido á mi adiestrador, díjome:

—Con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy: por lo menos no puede faltar.

Afligime yo, considerando que aún teníamos en duda la comida, y repliquéle afligido por parte de mi estómago, á lo cual respondió:

—Poca fe tiene con la religión y orden de los caminos; no falta el Señor á los cuervos, ni á los grajos, ni aun á los escribanos, ¿y había de faltar á los traspillados? Poco estómago tenéis.

—Verdad es—dije;—pero temo tener aún menos, y nada en él.

Estando en esto dió un reloj las doce, y como yo era nuevo en el trato, no les cayó en gracia á mis tripas el letuario, y tenía hambre, como si tal no hubiera comido. Renovada, pues, la memoria, volvíme al amigo, y dije:

—Hermano, este del hambre es recio noviciado; estaba hecho el hombre á comer más que un sabañón y hanme metido á vigiliás; si vos no la tenéis, no es mucho, que criado con hambre desde niño (como el otro rey con parbona) os sustentéis ya con ella; no os veo hacer diligencia vehemente para mascar, y así yo determino hacer la que pudiere.

—¡Cuerpo de Dios—replicó—con vos! Pues dan ahora las doce, ¿y tanta priesa? Tenéis muy puntuales ganas, y han menester llevarse con paciencia algunas pagas atrasadas; no sino comer todo el día, ¿qué más hacen los animales? No se escribe que jamás caballero nuestro haya tenido cámaras; que antes de puro mal proveidos no nos proveemos. Ya os he dicho que á nadie falta Dios, y si tanta priesa tenéis, yo me voy á la sopa de San Jerónimo, adonde hay aquellos frailes de leche, como capones, y allí haré el buche; si vos queréis seguirme, venid; y sino, á sus aventuras cada uno.

—Á Dios—dije yo,—que no son tan cortas mis faltas, que se hayan de suplir con sobras de otros; cada uno eche por su calle.

Mi amigo iba pisando tieso y mirándose á los piés; sacó unas migajas de pan que traía para el efecto siempre en una cajuela, y derramóselas por la barba y vestido, de suerte que parecía haber comido; yo iba tosiendo y escarbando por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado y la capa sobre el hombro izquierdo, jugando con el decenario, que lo era por no tener más de diez cuentas. Todos los que me veían me juzgaban por comido; y si fuera de piojos, no erraban. Iba yo confiado en mis escudillos, y aunque me remordía la conciencia el ser contra la orden comer á su costa quien vive de tripas horras en el mundo, ya iba yo determinado á quebrar el ayuno. Llegué con esto á la esquina de la calle de San Luís, adonde vivía un pastelero; asomábase uno de á ocho tostado, y al instante me quedé (del modo que andaba) como perro perdiguero; puesto en él los ojos, le miré con tanto ahinco, que se secó el pastel, como un aojado. Allí eran de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle; resolvíame otra vez á pagarlo. En esto dió la una, y angustiéme de manera, que me determiné de zamparme en un bodegón. Yo, que iba haciendo punta á uno (Dios que lo quiso), topo con un licenciado Flechilla, amigo mio, que venía aldeando por la calle abajo, con más barros que la cara de un sanguino y tantos rabos, que parecía un chirrión; arremetió á mí en viéndome (y según estaba, fué mucho conocerme). Yo le abracé; preguntóme cómo estaba, y dijele luégo:

—Señor licenciado, ¡qué de cosas tengo que contarle! Sólo me pesa que me he de ir esa noche.

—Eso me pesa á mí, y si no fuera tarde, é ir con priesa á comer, me detuviera, porque me aguarda una hermana casada y su marido.

—¿Qué, aquí está mi señora Ana? Aunque lo deje todo, vamos, que quiero hacer lo que estoy obligado.

Abri los ojos en oyendo que no había comido; fuíme con él, y empecéle á contar que una mujercilla (que él había

querido mucho en Alcalá) sabía yo dónde estaba, que le podía dar entrada en su casa. Pegósele luego al alma el envite; que fué industria tratarle de cosas de gusto. Llegamos tratando en ello á su casa; entramos, yo me ofrecí mucho á su cuñado y hermana; y ellos, no persuadiéndose á otra cosa, sino á que yo venía con cuidado por venir á tal hora, comenzaron á decir que si supieran que habían de tener tan buen huésped, que hubieran prevenido algo. Yo cogí la ocasión, y convidéme diciendo que era de casa y amigo viejo, y que se hiciera agravio en tratarme con cumplimiento. Sentáronse y sentéme; y porque el otro lo llevase mejor, que ni me había convidado, ni le pasaba por la imaginación, de rato en rato le pegaba con la mozoela, diciendo que me había preguntado por él, y que le tenía en el alma, y otras mentiras de este modo; con lo cual llevaba mejor el engullir; porque tal destrozo como yo hice en el ante, no lo hiciera una bala en el de un coleto. Vino la olla, y comímela en dos bocados casi toda, sin malicia; pero con priesa tan fiera, que parecía que aun entre los dientes no la tenía bien segura. Dios es mi padre que no come un cuerpo más presto el montón de la anti-gua de Valladolid (que le deshace en veinticuatro horas) que yo despaché el ordinario, pues fué con más priesa que un extraordinario correo.

Ellos bien debían notar los fieros tragos del caldo y el modo de agotar la escudilla, la persecución de los huesos y el destrozo de la carne; y si va á decir la verdad, entre vuelta y juego empedré la faltriquera de mendrugos. Levantóse la mesa, y apartámonos yo y el licenciado á hablar de la ida á casa de la dicha, la cual le facilité mucho: y estando hablando con él á una ventana, hice que me llamaban en la calle, y dije:

—¿Á mí, señor? Ya bajo.

Pedíle licencia, diciendo que luego volvería; quedóme aguardando hasta hoy, que me desaparecí por lo del pan comido y la compañía deshecha. Topóme otras muchas ve-

ces, y disculpéme con él, contándole mil embustes que no importan para el caso. Fuíme por las calles de Dios, llegué á la puerta de Guadalajara, y sentéme en un banco de los que tienen á sus puertas los mercaderes; quiso Dios que llegaron á la tienda dos (de las que piden prestado sobre sus caras) tapadas de medio ojo, con su vieja y pajecillo. Preguntaron si había algún terciopelo de labor extraordinaria. Yo empecé luego (para trabar conversación) á jugar del vocablo terció y pelado, y pelo y apelo y por peli, y no dejé hueso sano á la razón. Sentí que les había dado mi libertad algún seguro de algo de la tienda; y como quien aventuraba á no perder nada, ofrecíles lo que quisiesen. Regatearon, diciendo que no tomaban de quien no conocían. Yo me aproveché de la ocasión, diciendo que había sido atrevimiento ofrecerlas nada; pero que me hiciesen merced de aceptar unas telas que me habían traído de Milán, que á la noche llevaría un paje, que les dije que era mío por estar enfrente aguardando á su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado. Y para que me tuviesen por hombre de partes y conocido, no hacía sino quitar el sombrero á todos los oidores y caballeros que pasaban; y sin conocer á ninguno les hacía cortesía, como si los tratara familiarmente. Ellas juzgaron, con esto y con un escudo de oro que yo saqué de los que traía, con achaque de dar limosna á un pobre que me la pidió, que yo era un gran caballero. Parecióles irse, por ser ya tarde, y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que había de ir el paje. Yo las pedí por favor, como en gracia, un rosario engarzado en oro que llevaba la más bonita de ellas, en prendas de que las había de ver á otro día sin falta. Regatearon dármele; yo les ofrecí en prenda los cien escudos, y dijéronme su casa; y con intento de estafarme en más, se fiaron de mí, y preguntáronme la posada, diciéndome que no podía entrar paje en la suya á todas horas, por ser gente principal.

Yo las llevé por la calle Mayor, y al entrar en la de Ca-

retas escogí la casa que mejor y más grande me pareció, que tenía un coche, sin caballos á la puerta. Dijeles que aquella era y que allí estaba ella, el coche y dueños para servirlos. Nombréme don Alvaro de Córdoba, y entréme por la puerta, delante de sus ojos. Y acuérdome que cuando salimos de la tienda llamé uno de los pajes (con grande autoridad) con la mano, é hice que le decía que se quedasen todos y que me aguardasen allí; y en verdad que le pregunté si era criado del Comendador mi tío. Dijo que no; y con tanto acomodé los criados ajenos, como buen caballero.

Llegó la noche oscura, y acogímonos á casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con una hacha de cera que le dieron para que acompañase á un difunto, y se vino con ella. Llamábase éste Magazo, que era natural de Olias; había sido capitán en una comedia, y se había combatido con moros en una danza. Cuando hablaba con los de Flandes decía que había estado en la China, y á los de China, en Flandes. Trataba de formar un campo, y nunca supo sino espulgarse en él; nombraba castillos, y apenas los había visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del señor don Juan, y oíle decir muchas veces de Luis Quijada que había sido honrado amigo. Nombraba turcos, galeones y capitanes, todos los que había leído en unas coplas que andaban de esto; y como él no sabía nada de mar, porque no tenía nada de naval, más de comer nabos, dijo, contando la batalla que había tenido el señor don Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fué un moro muy bravo. Como no sabía el pobrete que era nombre del mar, pasábamos con él lindos ratos. Entró luégo mi compañero, deshechas las narices y toda la cabeza entrapajada, y lleno de sangre y muy sucio. Preguntámosle la causa, y dijo que había ido á la sopa de San Jerónimo, y que pidió porción doblada, diciendo que era para unas personas honradas y pobres. Quitáronsele á los otros mendigos para dársela, y ellos con el enojo siguiéronle, y vieron que, en un rincón detrás

de la puerta, estaba sorbiendo con gran valor. Sobre si era bien hecho engañar por engullir y quitar á otros para sí, se levantaron voces y tras ellas palos, y tras los palos chichones y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con dos jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de madera, que se la dió á oler con más priesa, que convenía. Quitáronle la espada; á las voces salió el portero, y aún no los podía meter en paz. En fin, se vió en tanto peligro el pobre hermano, que decía:

—Yo volveré lo que he comido.

Y aún no bastaba, porque ya no reparaban sino en que pedía para otros, y no se preciaba de sopón.

—Miren el todo trapos como muñeca de niños, más triste que pastelería en Cuaresma, con más agujeros que una flauta, más remiendos que una pia, más manchas que un jaspe, y más puntos que un libro de música—decía un estudiantón de estos de la capacha, gorrinazo—que hay hombre en la sopa del bendito santo, que puede ser obispo, ú otra cualquier dignidad, y se afrenta un don Peluche de comer, graduado de bachiller en Artes por Sigüenza.

Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo que allí estaba decía que, aunque acudía al bodrio, era descendiente del Gran Capitán, y que tenía deudos. Aquí lo dejó, porque el compañero estaba ya fuera, desaprensando los huesos.